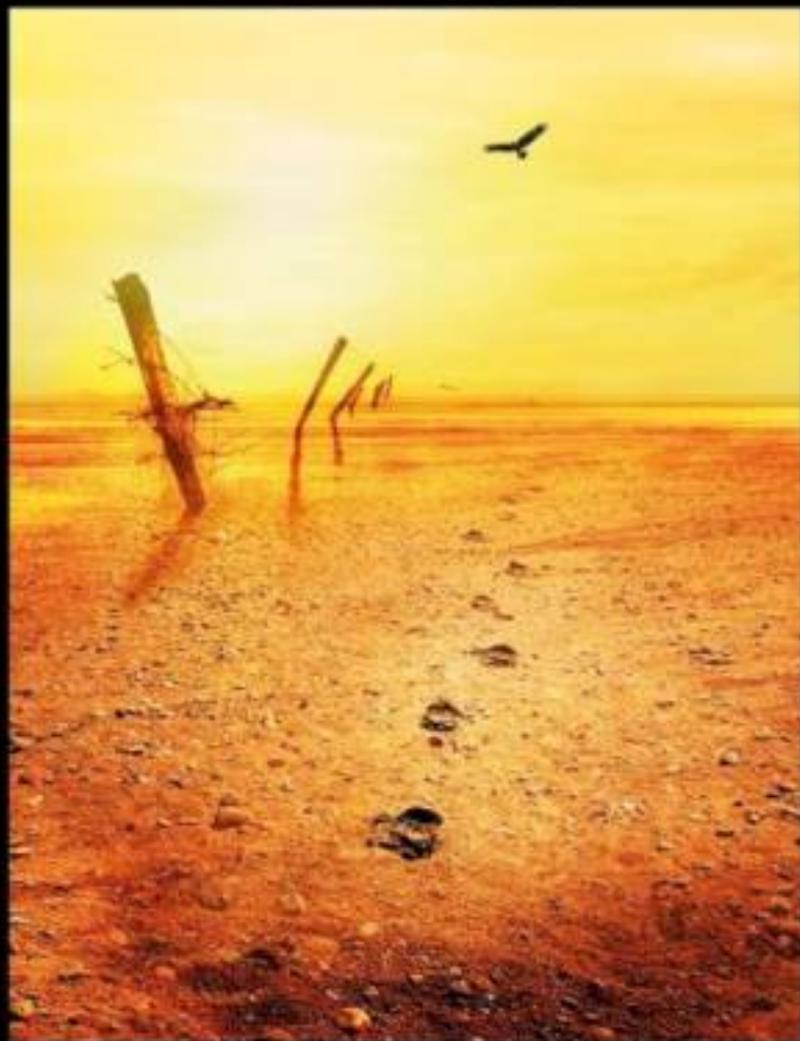


JANE HARPER
EL HOMBRE
PERDIDO



Dos hermanos se reencuentran tras varios meses sin verse en la frontera de sus vastas propiedades ganaderas bajo el implacable sol de Queensland, una zona aislada de Australia donde el vecino más cercano vive a horas de distancia. Están en la tumba del ganadero, un punto de referencia tan antiguo que nadie recuerda ya quién hay enterrado ahí. Hoy, la escasa sombra que proyecta ese jalón en el camino ha sido la última esperanza para su hermano mediano, Cameron, que yace muerto a sus pies.

Nadie puede entender por qué este salió solo bajo ese sol de justicia, dejó el coche y caminó hasta la tumba. Mientras los Bright lloran su pérdida, empiezan a levantarse las sospechas: ¿cómo murió? ¿Decidió dirigirse hacia su propia muerte?

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Agradecimientos

Para Pete y Charlotte, con amor

PRÓLOGO

Desde arriba, a la distancia, podía distinguirse un pequeño círculo trazado en el suelo arcilloso. No era un círculo perfecto: el borde zigzagueaba, había tramos más gruesos y más estrechos, y zonas en las que desaparecía del todo. Además, no estaba vacío.

En el centro había una lápida de un metro de altura. Cien años de arena, viento y sol la habían desgastado, pero seguía allí, perfectamente erguida. Estaba orientada al oeste, hacia el desierto, cosa rara en una zona donde el oeste casi nunca era la primera opción.

El nombre de quien yacía debajo se había desvanecido hacía tiempo. Para los habitantes de la zona –sesenta y cinco personas, aparte de las cien mil cabezas de ganado – era simplemente «el ganadero», y aquel lugar, «la tumba del ganadero». Nunca había sido un cementerio: el ganadero había muerto allí, y allí lo habían enterrado, y en más de un siglo no se le había sumado nadie.

El visitante que pasara las manos por la piedra gastada sentiría unas muescas en las que reconocería fragmentos de una fecha: un uno, un ocho y tal vez un nueve, mil ochocientos noventa y algo. Debajo, vería tres palabras, las únicas todavía legibles, quizá por estar mejor resguardadas de los elementos, o porque las cincelaron con más cuidado o por considerar que esa inscripción era aún más importante que el nombre del difunto. Decía: «QUE SE PERDIÓ».

Podían pasar meses, hasta un año entero, sin que una sola persona apareciera por ahí, y mucho menos se detuviera a leer la inscripción desvaída o volviera los ojos entornados hacia el oeste, donde se ponía el sol. Ni siquiera el ganado se quedaba mucho tiempo. Por norma general, el suelo era árido, salvo un mes al año, cuando lo cubrían las aguas turbias de la crecida. Las vacas preferían vagar por el norte, donde había mejor pasto y los árboles daban sombra.

De ahí que la tumba estuviera casi siempre sola, junto a una delgada cerca de tres alambres para el ganado. La cerca se extendía una decena de kilómetros al este, hasta una carretera, y varios cientos al oeste, hasta el desierto, donde el horizonte era tan plano que parecía posible percibir la curvatura de la Tierra. Era un territorio de espejismos, en el que los escasos arbolillos que se alzaban a lo lejos temblaban y flotaban sobre lagos inexistentes.

Al norte y al sur de la cerca había dos haciendas solitarias; digamos que eran vecinas, aunque estaban a tres horas de distancia. Desde la tumba como tal no se veía la carretera que conducía al este, si es que cabía calificar como tal aquella ancha pista de tierra que podía pasar días en silencio, sin que un solo vehículo la recorriera.

La pista iba a dar a la localidad de Balamara —una sola calle, en realidad—, la cual abastecía, por decirlo de algún modo, a una población dispersa que, de reunirse, casi habría cabido en una sala grande. Mil quinientos kilómetros más al este quedaban Brisbane y la costa.

A lo largo del año, en días convenidos, un helicóptero hacía vibrar el cielo por encima de la tumba. Los pilotos trabajaban desde el aire, valiéndose del ruido y el movimiento para dirigir el ganado por terrenos del tamaño de un pequeño país europeo. En ese momento, sin embargo, el cielo se cernía vacío e imponente.

Más tarde —demasiado tarde— el helicóptero pasaría volando deliberadamente cerca del suelo, lentamente, y

distinguiría el centelleo del metal del coche. Al piloto, la tumba, situada algo más lejos, sólo le llamaría la atención por casualidad, mientras trazaba círculos en busca de un lugar apropiado para aterrizar.

No vería el círculo dibujado en la tierra; lo que le llamaría la atención sería el destello de tela azul contra el rojo del suelo: una camisa de trabajo desabrochada y mal puesta. Hacía días que se alcanzaban máximas de cuarenta y cinco grados: la piel que se hallaba al descubierto estaba agrietada por el sol.

Más tarde, los que estaban en tierra verían las huellas y alzarían la vista hacia el lejano horizonte, intentando no pensar en quién podía haberlas dejado.

La lápida proyectaba una pequeña sombra escurridiza —la única a la vista—, que crecía y se encogía al girar, como un reloj de sol. El hombre de la camisa azul había intentado seguir esa sombra, primero a gatas, luego arrastrándose. Había intentado encogerse para caber en aquella sombra, en muchos momentos adoptando posturas extrañas, arañando y pateando el suelo a medida que lo invadían el miedo y la sed.

La caída de la noche le concedió un respiro, hasta que el sol volvió a salir y reanudó su espantosa rotación. El segundo día, con el sol cada vez más alto en el cielo, la vuelta ya no fue tan larga, pero no porque el hombre no se esforzara: persiguió la sombra hasta que ya no pudo más.

Al círculo dibujado en la tierra le faltaba muy poco para cerrarse y completar las veinticuatro horas, cuando por fin el ganadero tuvo compañía. Mientras el planeta giraba y la sombra seguía avanzando, el hombre yacía inmóvil en el centro de una tumba polvorienta bajo un cielo monstruoso.

1

Nathan Bright no veía nada, hasta que de repente lo vio todo.

Había subido la pendiente con las manos aferradas al volante para que el abrupto terreno no le arrebatara el control del coche y, de pronto, lo tuvo todo ante sus ojos. Visible, pero a varios kilómetros todavía, que le dieron demasiados minutos para asimilar la imagen que se iba ensanchando en su campo visual. Miró de reojo el asiento del copiloto.

Estuvo tentado de decir «No mires», pero no se molestó. No tenía sentido. Era imposible no fijarse.

Aun así, detuvo el coche más lejos de la cerca de lo estrictamente necesario. Echó el freno de mano, sin apagar el motor, para no desconectar el aire acondicionado. Uno y otro protestaban con chirridos discordantes contra el calor de Queensland en diciembre.

–Quédate en el coche –dijo.

–Pero...

Dio un portazo sin escuchar el resto. Cuando llegó a la cerca, separó los alambres de arriba y pasó de su lado al de sus hermanos.

Junto a la tumba del ganadero había otro cuatro por cuatro, también en punto muerto, y seguro que con el aire acondicionado también a tope. Justo cuando Nathan franqueaba la cerca, se abrió la puerta del conductor y salió su hermano pequeño.

–Buenas –dijo Bub una vez que Nathan se hubo acercado lo suficiente para oírlo.

–Buenas.

Se reunieron al lado de la lápida. Nathan sabía que en algún momento tendría que bajar la vista, pero habló para retrasarlo.

–¿Cuánto llevas...?

Oyó movimiento a su espalda.

–¡Eh, que te quedes en el puñetero coche! –dijo, señalando con el dedo.

La distancia lo obligó a gritar con una brusquedad involuntaria. Hizo otro intento:

–Quédate en el coche.

No sonó mucho mejor, pero al menos su hijo le hizo caso.

–No me acordaba de que estabas con Xander –dijo Bub.

–Sí.

Nathan esperó hasta que oyó el chasquido de la puerta del coche al cerrarse. Detrás del parabrisas, la silueta de Xander, con dieciséis años cumplidos, ya era más de hombre que de niño. Se volvió de nuevo hacia su hermano. Hacia el que tenía delante, para ser exactos. Al tercero, el mediano, Cameron Bright, lo tenían a sus pies, junto a la lápida. Por suerte lo habían tapado con una lona descolorida.

Nathan hizo otro intento.

–¿Cuánto llevas aquí?

Como de costumbre, Bub pensó un momento antes de contestar. Debajo del ala del sombrero tenía los párpados ligeramente contraídos, y las palabras le salieron algo más despacio de lo normal.

–Desde ayer, justo antes de que se hiciera de noche.

–¿No viene el tío Harry?

Otra pausa, seguida de una negación con la cabeza.

–¿Dónde está? ¿En casa, con mamá?

–Y con Ilse y las niñas –dijo Bub–. Se ofreció, pero le dije que ya estabas de camino.

–Supongo que es mejor que haya alguien con mamá. ¿Has tenido algún problema?

Por fin Nathan miró el bulto a sus pies. Algo así atraía a los carroñeros.

–¿Te refieres a los dingos?

–Sí, tío.

¿A qué si no? Tampoco había muchas más opciones.

–He tenido que pegar un par de tiros.

Bub se rascó la clavícula, y Nathan vio el borde de la estrella del oeste de su tatuaje de la Cruz del Sur.

–Pero no ha sido nada.

–Vale. Bien.

Nathan reconoció la frustración que solía sentir al hablar con Bub. Lástima que no estuviera Cameron para suavizar las cosas. Al darse cuenta de por qué no estaba, notó una fuerte punzada debajo de las costillas. Se obligó a respirar hondo, llenándose la garganta y los pulmones de aire caliente. Aquello era difícil para todos.

Bub iba sin afeitarse, tenía los ojos rojos y la cara desencajada, la misma que debía de tener él, supuso Nathan. Se parecían un poco, aunque no mucho. El parentesco resultaba más evidente con Cameron en medio, haciendo de puente en más de un sentido. Bub parecía cansado y, como siempre últimamente, mayor de lo que recordaba Nathan. Se llevaban doce años, y aún se sorprendía un poco de ver a su hermano rozando los treinta en lugar de en pañales.

Se puso en cuclillas al lado de la lona, ajada por la intemperie y remetida por los bordes, como una sábana.

–¿Has mirado?

–No, me dijeron que no tocarse nada.

Nathan no se lo creyó. Fue por el tono, o quizá por la disposición de la parte superior de la lona. Acercó una mano y, como cabía esperar, Bub carraspeó.

–No lo hagas, Nate. Es terrible.

A Bub nunca se le había dado bien mentir. Nathan retiró la mano y se levantó.

–¿Qué le ha pasado?

–Ni idea. Sólo sé lo que dijeron por la radio.

–Ah, sí, lo oí a medias.

Nathan evitó un poco la mirada de Bub, que cambió de postura.

–Tío, creí que le habías prometido a mamá que la mantendrías encendida.

Nathan no contestó. Bub tampoco quiso insistir. Nathan se volvió hacia sus propias tierras, al otro lado de la cerca. Vio a Xander en el coche, inquieto en el asiento del pasajero. Llevaban una semana de viaje por el límite sur de la propiedad, trabajando de día y acampando de noche. La noche anterior se disponían a recoger las herramientas cuando pasó un helicóptero en vuelo rasante, haciendo vibrar el aire, un pájaro negro contra los últimos estertores índigo del día.

–¿Qué hace volando tan tarde? –había preguntado Xander, con los ojos entornados hacia el cielo.

Nathan no había contestado. Volar de noche era una elección peligrosa y mala señal. Algo pasaba. Encendieron la radio, pero para entonces ya era demasiado tarde.

Nathan miró a Bub.

–No, oí bastante, pero de ahí a entenderlo...

A Bub le tembló el mentón sin afeitarse. «Bienvenido al club».

–No sé qué ha pasado, tío –repitió.

–Vale, tranquilo, cuéntame lo que sepas.

Nathan intentó disimular su impaciencia. La noche anterior, mientras oscurecía, había hablado por la radio con Bub para decirle que se acercaría a primera hora. Tenía mil preguntas más, pero no le había hecho ninguna. Hablaban en una frecuencia abierta que podía sintonizar cualquiera que quisiera escuchar.

–¿Cuándo salió Cam de casa? –dijo al ver que Bub no sabía por dónde empezar.

–Anteayer por la mañana, según Harry. Sobre las ocho.

–O sea, el miércoles.

–Sí, supongo que sí, aunque yo no lo vi, porque salí el martes.

–¿Adónde?

–A echar un vistazo a un par de pozos del prado norte. Pensaba acampar y al día siguiente, el miércoles, reunirme con Cam en Lehmann's Hill.

–¿Para qué?

–Para arreglar el repetidor.

«Más bien para que lo arreglase Cam», pensó Nathan. A lo sumo, Bub le habría acercado la llave inglesa. También era por seguridad. Lehmann's Hill quedaba en el límite oeste de la propiedad, a cuatro horas en coche de la casa. Si el repetidor no funcionaba, tampoco habría contacto radiofónico de largo alcance.

–¿Y qué pasó? –preguntó Nathan.

Bub no apartaba la vista de la lona.

–Que llegué tarde. Habíamos quedado sobre la una, pero se me atascó el coche y no llegué a Lehmann's hasta un par de horas después.

Nathan dejó que continuara.

–Cam no estaba –prosiguió Bub–. Me planteé que se hubiera marchado, pero al ver que el repetidor seguía estropeado di por hecho que no. Probé a llamarlo por la radio, pero como no contestaba esperé un poco y me fui hacia la pista, pensando que nos encontraríamos.

–Pero no.

–Qué va. Seguí probando con la radio, pero nada, ni rastro. –Bub frunció el ceño–. Estuve conduciendo una hora, más o menos, pero al final tuve que parar, porque aún no había llegado a la pista y estaba a punto de hacerse de noche.

Los ojos de Bub buscaron un gesto tranquilizador por debajo del ala del sombrero. Nathan asintió con la cabeza.

—Poco más podías hacer.

Era verdad. En Lehmann's Hill, la noche era un manto negro sin resquicios. Conduciendo a oscuras, la única duda era si el coche se estamparía contra una roca o una vaca, o se saldría de la carretera dando vueltas de campana. En ese caso, Nathan habría tenido a dos hermanos debajo de la lona.

—Pero ¿estabas preocupado? —preguntó, aunque adivinaba la respuesta.

Bub se encogió de hombros.

—Sí y no, ya me entiendes.

—Ya.

Nathan lo entendía, sí. Vivían en una tierra de extremos, y en más de un sentido. La gente estaba o muy bien o fatal. Apenas había término medio. Además, Cam no era un turista. Sabía defenderse, lo cual significaba que podía haberlo pillado la noche a media hora de carretera, sin cobertura, pero igual estaba tan a gusto en su saco de dormir, disfrutando de una cerveza recién sacada de la nevera que llevaba en el maletero. O no.

—Nadie contestaba a la radio —decía Bub—. Es que en esta época del año no hay nadie allí arriba, y con el condenado repetidor estropeado...

Gruñó de frustración.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Me puse en camino al amanecer, pero pasaron siglos hasta que alguien contestó.

—¿Cuánto?

—No sé. —Bub titubeó—. Calculo que una media hora para llegar a la pista, y luego otra hora. Encima no eran más que dos de esos aprendices idiotas que tienen en Atherton. Tardaron la vida en pasarme al condenado capataz.